

# CRÍTICA URBANA

REVISTA DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES

Marzo 2020 | Vol.III | Núm.11



## MUJERES Y CIUDAD

El espacio, las formas y las representaciones urbanas desde la perspectiva de ser mujer

# ÍNDICE

3

MARICARMEN TAPIA

*Reaprender a mirar nuestras ciudades*

4

MARÍA NOVAS; SOFÍA PALEO

*El feminismo y la producción de espacios para la vida*

8

SERAFINA AMOROSO

*Urbanismo con perspectiva de género*

11

ÁNGELA ERPEL

*¿Sin partido ni marido?*

15

BLANCA VALDIVIA

*La penalización del cuidado en la ciudad capitalista y patriarcal*

18

LUPE CES

*Cambiar o traço*

21

LUCÍA ESCRIGAS; ROSALÍA MACÍAS

*Arde Galicia. As mulleres coidadoras do territorio*

25

LILIANA FRACASSO

*"80 pares de zapatos". Bogotá: migración venezolana en femenino*

28

AÍDA REYES; DIEGO SANDOVAL

*Ciudad Juárez y la exclusión de la mujer del espacio público*



Foto portada: Eugenia Paz

[www.eugeniapaz.studio](http://www.eugeniapaz.studio)

[@fotosantiago](https://www.instagram.com/fotosantiago) [behance.net/eugeniapaz](https://www.behance.net/eugeniapaz)

32

ÁREA DE IGUALDADE DE FUCO BUXÁN

*Urbanismo feminista*

34

ADELINA CABRERA; ISABEL BLAS GUILLÉN

*La resistencia al pati de veines*

37

WILMA LÈVY; SARAH CHAMPION-SCHREIBER

*Création participative. 93.13 appel d'Air.e*

## CRÍTICA URBANA

DIRECCIÓN: Maricarmen Tapia Gómez.

EQUIPO EDITORIAL

Jerónimo Bouza, Nadja Monnet, Maricarmen Tapia, Aníbal Venegas.

REDACCIÓN

Emanuela Bove, Nápoles; Vicenç Casals, Barcelona; Fabiola C. de Souza Cordovil, Maringá; Miquel Domingo, Barcelona; Isabel Duque, Bogotá; Daniel Jiménez Schlegel, Barcelona; Rubén Lois, Santiago de Compostela; Flavio Quezada, Santiago de Chile; Alfonso Raposo, Santiago de Chile; Eulàlia Ribera, Ciudad de México; Mercè Tatjer, Barcelona.

ISSN 2605-3276



ASESORES Y COLABORADORES

Raquel Águila, Santiago de Chile; Fransualdo Azevedo, Natal; Jonatan Baldiviezo, Buenos Aires; Horacio Capel, Barcelona; Marcos Bernardino de Carvalho, Sao Paulo; Nadia Casabella, Bruselas; Jeffer Chaparro, Bogotá; Patricia Corvalán, Santiago de Chile; Manuel Delgado, Barcelona; Álvaro Ferreira, Rio de Janeiro; Angela A. Ferreira, Natal; Liliana Fracasso, Bogotá; Floriano Godiño de Oliveira, Rio de Janeiro; Carlos Langue, Santiago de Chile; Oriol Nel-lo, Barcelona; José Luis Oyón, Barcelona; Alfredo Rodríguez, Santiago de Chile; João Seixas, Lisboa; José Luis Sepúlveda, Temuco; Clécio A. da Silva, Florianópolis; Ana Sugranyes, Santiago de Chile.

Crítica Urbana. Núm. 11. Marzo 2020. Editores: Maricarmen Tapia y Jerónimo Bouza. Avda. do Seixo, 170. 15626. A Coruña

# REAPRENDER A MIRAR NUESTRAS CIUDADES

MARICARMEN TAPIA GÓMEZ

Directora de Crítica Urbana

**E**l feminismo es un movimiento que lucha por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y el fin de la violencia contra las mujeres. Estos últimos años hemos visto cómo el movimiento ha crecido más que nunca y cómo la búsqueda de la no discriminación implica poner en crisis todo nuestro sistema. El feminismo es una forma de mirar el mundo y explicarlo, y en esta particular mirada se observa y evalúa la ciudad como objeto.

¿Por qué una mirada feminista a la ciudad y el urbanismo? Porque las barreras que hoy vivimos las mujeres son una construcción social, en la cual nuestras ciudades y la organización espacial también actúan condicionando o reproduciendo la desigualdad de la mujer. Porque si queremos cambiar la realidad, es necesario ser conscientes para no reproducir estos estereotipos y discriminación. Porque es necesario naturalizar la mirada diferente de la otra mitad de la población. Porque el cambio que implica vencer las barreras es tan grande, que se necesita de cada espacio, reflexión, y oportunidad para ser transformada.

Necesitamos aprender a incorporar esta nueva mirada con inteligencia, con paciencia, con humor, porque no es fácil desprenderse del bagaje cultural y no es fácil encontrarse con la injusticia y el abuso. Bajo esta mirada retomé el *Neufert*, el famoso libro de referencia de los y las estudiantes de arquitectura. En él se recogen las principales medidas y estándares de diseño, desde un mobiliario a un hospital. Un buen ejercicio de esta mirada es contabilizar cuántas mujeres aparecen en él – muy pocas- pero más grave es prestar atención a qué acciones están ejerciendo las mujeres. Puede resultar tan irrisorio como violento ver el lugar otorgado a la mujer: de modelo, de operaria en fábrica, de cuidadora, en la cocina... los despachos y espacios públicos están reservados para hombres. Es cierto que el libro es de los años 50; también es cierto que ha sido reeditado hasta el siglo XXI sin ninguna variación, pero lo importante y donde podemos hacer el cambio, es que estudiamos y entendimos las proporciones y los espacios a través de este libro ¿Cuánto debemos desaprender de él?

Hace un año publicábamos un número especial con las autoras que habían escrito en la revista, como una manera de visibilizar su trabajo en oposición a la invisibilización social que se realiza sobre las mujeres. Este año hemos invitado a activistas y profesionales de diversas disciplinas para tratar el tema de “Mujeres y Ciudad”. La petición fue similar para todas las autoras, pero se encontrarán en este número distintos aspectos en los que cada una fijó su mirada.

Los artículos, lejos de ser un manual de aplicación de la perspectiva de género al urbanismo y a nuestras ciudades, son una muestra de la aplicación de la variable de género a distintas situaciones y espacios: a observar cómo se usa el espacio y analizar cómo el espacio determina usos.

Este número incorpora además el trabajo de la fotógrafa chilena Eugenia Paz, quien retrató a las mujeres en Santiago durante el estallido social, entre octubre y diciembre de 2019. Las mujeres, sus demandas y su lenguaje para protestar, están retratadas en estas imágenes. Para nosotros complementan y completan este número, porque se trata aquí de explicar la relación entre “Mujeres y Ciudad”, y esto no sucede en un contexto neutro, sino en un contexto de confrontación cultural que abarca todas las dimensiones espaciales, económicas, sociales y políticas.

# EL FEMINISMO Y LA PRODUCCIÓN DE ESPACIOS PARA LA VIDA.

## SOBRE LA JERARQUÍA DE VALORES EN LA ARQUITECTURA, EL URBANISMO Y LA ORDENACIÓN DEL TERRITORIO

MARÍA NOVAS  
SOFÍA PALEO  
DEXENERO

*“El hecho de vivir tiempos que nos entregan a la idolatría tecnológica y su aparente neutralidad, no nos impide advertir que el espacio construido tiene una dimensión cultural. Y esto es de lo poco que sí constituye una realidad objetiva – entendida como aquella que es independiente de la propia manera de pensar o sentir.”*

**E**l auge del relativismo cultural en la disciplina de la arquitectura no es algo nuevo. Desde los años sesenta del siglo XX en el mundo occidental, los estudios culturales y antropológicos han contribuido a estabilizar el cuerpo teórico de la progresiva renuncia al carácter elitista de una profesión promovida en el siglo XIX al amparo del mecenazgo –y por lo tanto al servicio de los intereses del poder y del capital–, en favor de los objetivos sociales. Sin duda, los movimientos de masas antirracistas, ecologistas y feministas, con diferentes niveles de intensificación a lo largo de estas décadas, han impulsado de manera clave la articulación científica de esta crítica conceptual. La integración transversal de esta perspectiva crítica en lo hegemónico ha sido vital, mas aún sigue siendo

necesario izar la bandera. Si bien se han producido importantes avances, como los logrados por el movimiento de mujeres en los últimos doscientos años, las inercias milenarias perduran y las narrativas reduccionistas emergen *religiosamente*, ofreciendo soluciones simples a una realidad compleja cuyos valores interseccionales están en continua conflictividad. Desconfiad. Queda mucho por avanzar, cuando no simplemente evitar retrocesos. Las lógicas patriarcales que impregnan los cimientos de nuestra sociedad, continúan condicionando culturalmente nuestro sistema de valores, máxime en un contexto de desigualdad como el actual. Y a esta realidad no son ajenas disciplinas como la arquitectura, el urbanismo o la ordenación del territorio. Los espacios que habitamos moldean la interacción que define la experiencia

humana y viceversa. La arquitectura del espacio puede posibilitar lo que es fácil de hacer, dificultar lo que es difícil o impedir lo que es imposible. Así, por ejemplo, el valor de la libertad puede materializarse al crear un hueco, del mismo modo que puede desdibujarse al ponerle rejas o desvanecerse por completo al construir un muro.

Como en todo proceso de diseño, la ideación y creación de nuestros espacios es el producto de una toma de decisiones situadas en un determinado contexto social y en un momento histórico definido. Esta toma de decisiones es consciente e inconsciente, explícita e implícita –incluyendo sesgos–. En este proceso de producción del espacio, las personas que crean o definen las normas ponen de manifiesto la priorización de unos determinados valores frente a otros. Cómo se expresan estos valores es clave. Hablamos de su implementación en la elaboración de normas, políticas públicas e incluso hasta en los currículos de enseñanza. Aquí se hacen explícitos. En los *productos* –artefactos y arquitecturas, espacios urbanos e infraestructuras–, los podríamos incluso auditar.

Los valores son dinámicos, cambian con el tiempo y el momento socio-histórico. También el sistema de conocimiento cambia con la toma de conciencia colectiva, la escala, el lugar y las posibilidades tecnológicas. Sin embargo, los valores dominantes que han regido la producción de los espacios que habitamos

han sido demasiado a menudo el mismo. Hablamos del valor monetario o de cambio, cuyo objetivo principal es el lucro, la mercantilización del espacio o la sobreacumulación del capital. En los procesos de urbanización, la vida de las personas casi nunca ha estado en el centro. El espacio se tiende a regular por su potencial rentabilidad económica, favoreciendo en el camino al estándar humano minoritario y privilegiado que en él opera, perjudicando en ello a la gran mayoría social. Y lo peor de todo es que hemos *normalizado* –todo lo que se puede normalizar– esta manera de proceder.

La supervivencia de la vida humana en el planeta – porque el planeta sí sobrevivirá a lo humano, aunque lo humano no lo haga sin él– está en crisis. La desigualdad siempre ha sido parte fundamental del problema. Las formas de proceder no ético que surgen de la alianza histórica entre patriarcado y capitalismo avanzado, entran en conflicto directo con los desafíos globales que hoy enfrentamos. Y aquí otra realidad *objetiva* comúnmente ignorada. La expansión ilimitada de la producción de bienes para el lucro –incluyendo los procesos de urbanización especulativos– en un planeta finito, no puede prosperar sin afianzar la desigualdad y poner en riesgo constante vidas humanas. Una vez más, nos hemos acostumbrado a que esto sea *lo normal*.

En este sentido, la crítica feminista lleva décadas cuestionando los valores dominantes asociados a la



Eugenia Paz, 2019

producción del espacio, reclamando la relevancia e incorporación de muchos otros que han permanecido históricamente en los márgenes de la arquitectura, el urbanismo y la ordenación territorial. Hoy parece que están ganando espacio. La *feminización* y democratización progresiva de disciplinas en origen masculinas y elitistas como la arquitectura, quizás tenga mucho que ver. Hay esperanza.

Los movimientos sociales pautan la agenda transformativa que formará parte de la solución, necesitamos tomar buena nota. La emergencia de valores como la igualdad, la justicia y la sostenibilidad ya es un hecho, y los agentes implicados en la producción del espacio tenemos un imperativo ético de promover una innovación responsable y de hacer estos valores explícitos. La capacitación profesional que otorga el poder de toma de decisión en la producción del espacio conlleva un acto de gran responsabilidad en el que, por obvio que parezca, debiere anteponerse el interés común y colectivo de las personas. Se propone un necesario equilibrio que coincide con los valores que la imaginación social del movimiento feminista ha desafiado en las últimas décadas, también en el ámbito de la arquitectura. El cuidado del medio, el cuestionamiento al estándar de habitante *universal* que ha monopolizado el diseño, la procura de una movilidad más sostenible que atienda al cuidado, la mezcla de usos, la creación de espacios seguros,

no homogenizadores y flexibles, la accesibilidad, la previsión de redes de equipamientos para la vida, la rehabilitación de los espacios degradados, etc., son tan sólo algunas de las demandas que, de pleno derecho, se vienen reivindicando desde unos cada vez más ensanchados márgenes. Se trata de una llamada a contemplar la sociedad en su diversidad y situar, de una vez por todas, el sostenimiento de la vida en el centro. En definitiva, anteponer el valor del cuidado de los espacios de la vida, para que los espacios también cuiden a las personas.

El espacio construido tiene una dimensión temporal añadida; los valores con los que construimos hoy condicionarán las sociedades futuras que habitarán en él, del mismo modo que habitamos espacios que ya no se adaptan a las necesidades presentes de las personas. El cambio de prioridades o importancia relativa de estos valores, y cómo estos son conceptualizados y trasladados en normas y requerimientos de diseño, parece que está en proceso. Pero probablemente hemos construido demasiado, y tengamos sobre todo que arreglar lo que ya está hecho. Estamos en un escenario aparentemente favorable para el cambio, siendo plenamente conscientes de que los cambios sociales son un camino imperfecto. Aquí lo heredado, que es mucho, sin duda tiene mucho de decir. La dimensión temporal del espacio físico recrudece el problema. ¿Vale la pena enfrentarse al conflicto?



Eugenia Paz, 2019

Quizás no se trata de hacer el mejor sistema, sino un sistema mejor para la mayoría. Una lucha que aspire al progreso –más allá del perfeccionismo paralizante–, también en la producción de espacios para la vida. Y, con mayor o menor fortuna, el cambio en la jerarquía de valores se irá abriendo camino en forma de renovados artefactos, arquitecturas, espacios urbanos e infraestructuras en los que la vida de las personas ocupe el lugar central. Sin duda, entrarán en conflicto con los valores prioritarios de la sobreacumulación, las desigualdades vigentes y los sectores más reaccionarios. Quién sabe si también con posibles valores futuros. Sea cual sea el producto, nos veremos compartiendo el camino. Seguro que vale la pena continuar la senda de las predecesoras. Comencemos a andar.

## Referencias

- Batya Friedman y David G. Hendry, *Value Sensitive Design: Shaping Technology with Moral Imagination*. Cambridge, London: The MIT Press, 2019.
- Henri Lefebvre, *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing, edición original de 1974; 2013.
- Josep María Montaner, *Después del Movimiento Moderno: Arquitectura de la segunda mitad del siglo XX*. Barcelona: Gustavo Gili, edición original de 1993; 1997.
- Yayo Herrero, «Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible», *Revista de Economía Crítica*, 16 (2013), 278-307.
- Zaida Muxí Martínez. *Mujeres, casas y ciudades. Más allá del umbral* (Dpr-Barcelona: Barcelona, 2018).

## NOTA SOBRE LAS AUTORAS

María Novas. Doctoranda, Programa de Doctorado en Arquitectura, Universidad de Sevilla. Investigadora invitada y profesora de práctica, Chair History of Architecture and Urban Planning, TU Delft. Investigadora independiente, *Dexenero*.

Sofía Paleo. Arquitecta, Universidade da Coruña. Investigadora independiente, *Dexenero*.



Eugenia Paz, 2019

# URBANISMO CON PERSPECTIVA DE GÉNERO. HACIA UNA CIUDAD ‘CUIDADORA’

SERAFINA AMOROSO

*“El sistema sexo-genérico en el que se desenvuelven nuestras vidas determina, muy a nuestro pesar, pautas de comportamientos, actitudes, papeles y protocolos de participación en distintos ámbitos (el entorno familiar, el comunitario, el institucional, etc.) que afectan y se ven afectados por la manera en la que se estructuran nuestros tiempos y espacios.”*

La configuración espacial de nuestras ciudades no es neutra. En tanto que artefactos, nuestras ciudades y sus arquitecturas (a varios niveles y escalas) son al mismo tiempo producto y medio de un proceso en el que se cristalizan, incrustan y aglutinan discursos y representaciones, que precisamente por medio y a través de ellas se repiten y se perpetúan, convirtiéndose en patrones espaciotemporales que consolidan y soportan los roles de género, tanto en el ámbito público como en el privado.

## ***Pero ¿qué se entiende por ‘género’?***

El concepto de género al que se hace referencia no es sinónimo de mujer ni tampoco se utiliza como mera variable cuantitativa; se trata más bien de una categoría de análisis y de una perspectiva, inclusiva e igualitaria, que incorpora, en consonancia con la expansión de los alcances de las luchas y reivindicaciones feministas, la interseccionalidad y una especial sensibilidad hacia

las cuestiones relacionadas con el medioambiente y el cambio climático, que abren el género a otras formas de marginalización y discriminación (clase social, diferencias socioeconómicas y étnicas, diversidad funcional, edad, etc.).

## ***Superar los dualismos y sus lógicas binarias excluyentes que enmascaran relaciones asimétricas de poder***

Prácticas como las de la zonificación, la gentrificación y la turistificación de los centros históricos han favorecido el desarrollo de ciertas actividades (las productivas) en detrimento de otras (las reproductivas), provocando la desvaloración y la invisibilización de éstas últimas y creando modelos urbanos basados en la separación entre lugar de trabajo y casa, entre vida pública y vida privada, entre quienes nos dedicamos a cuidar y quien cuida. Utilizando la diferencia biológica como justificación ‘natural’ de las diferencias sexo-genéricas que son, en realidad,

‘constructos’ sociales, la división sexual del trabajo en la que se han cimentado la revolución industrial y el urbanismo moderno ha provocado la especialización de ciertos entornos espaciales y la ‘espacialización’ de ciertos roles, favoreciendo, por ende, la segregación de los espacios urbanos en función de las actividades que en ellos se desarrollan y del sexo de quienes las desarrollan (lo que ha acarreado la masculinización de la esfera productiva y la feminización del ámbito reproductivo). En las sociedades preindustriales, las funciones productivas y reproductivas compartían tiempos y espacios, en el marco de formas de vida comunitarias en las que la superposición e interferencia de las dos esferas variaba en función de los contextos económicos. En las sociedades capitalistas del Norte global, este modelo dicotómico, que asigna a las mujeres el papel de cuidadoras y las relega al ámbito privado, ha ido consolidándose a través de todas sus ‘instituciones’ (la familia ‘tradicional’, el sistema educativo, el sistema jurídico, el sistema laboral, las políticas públicas). Esta dicotomía se ha perpetuado hasta nuestros días, generando la jerarquización y organización de los espacios urbanos y arquitectónicos, siendo éstos, por lo comentado anteriormente, reflejo y medio de la perpetuación de

estructuras (de poder, sociales, culturales, económicas, etc.) *generizadas* que constituyen una forma de “salvaguardia cultural”<sup>1</sup> de un sistema de valores que la sociedad y la cultura occidental se resisten a cambiar porque en ellos se fundamentan.

### ***Las mujeres viven en ciudades que no han sido diseñadas para y por ellas***

Valgan como ejemplo las diferencias detectables en los patrones de movilidad y uso del transporte público: las mujeres suelen hacer recorridos más complejos, dispersos y frecuentes y no suelen viajar de noche por miedo a la agresión. La recuperación de la noche en condiciones de igualdad (a través, por ejemplo, de adecuados sistemas de alumbrado público y de un conjunto de medidas que favorezcan un sentido de seguridad, tanto percibido como efectivo) es uno de los elementos fundamentales de la lucha contra las situaciones de exclusión espacio-temporal en las que se encuentran las mujeres y que las inhabilitan como

1. Véase: MARINAS SÁNCHEZ, Marina (2004) «Derribando los muros del género: mujer y okupación». En Ramón Adell Argilés et al. (eds.): *Dónde están las llaves?: el movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los Libros de la Catarata, p. 208.



Foto: Serafina Amoroso

ciudadanas de pleno derecho (¡porque las personas que se encargan de las tareas del cuidado siguen siendo mayoritariamente mujeres!). La incompatibilidad de la dotación infraestructural de nuestras ciudades con sus escenarios de vida cotidianos junto con la ausencia y/o escasez de equipamientos sociales de apoyo adecuados a las necesidades de compaginar trabajo y tareas de cuidado hacen que las mujeres no se sientan cómodas en el espacio urbano (situación que se ve agravada aún más en el caso de mujeres que viven en condiciones económicas y sociales desfavorecidas).

### ***El espacio de las actividades reproductivas***

La asignación de las actividades reproductivas al espacio privado y doméstico ha llevado a que nuestras ciudades actuales no estén pensadas para satisfacer las exigencias de las tareas de cuidados.

Las ciudades se componen de una miríada de escenarios cotidianos donde la estrecha relación entre la gestión del territorio y del espacio urbano (la macroescala) y las redes de actividades y desplazamientos relacionados con lo doméstico (la microescala) tiene impactantes recaídas a nivel social (y político). Cada vez más, gracias a los nuevos hábitos impulsados por la expansión de los dispositivos y aparatos electrónicos, los propios límites entre público y privado se difuminan y lo doméstico ya no es sinónimo de protección, cuidado, curación o intimidad, siendo estas mismas características también atributos y prerrogativas de un espacio urbano más extenso, complejo y difuso. El propio concepto de cuidados ha cambiado y expandido su alcance, incluyendo tanto prácticas concretas como sistemas/conjuntos de valores (emocionales, relacionales, afectivos, éticos).

Un urbanismo con perspectiva de género reivindica la importancia de los cuidados como responsabilidad política, pública, comunitaria, colectiva, común. Todas las personas necesitamos ser cuidadas y cuidar, todas somos dependientes de otras en algún momento de nuestras vidas. El entorno en el que vivimos debe responder, por tanto, a esta necesidad básica de cuidar y ser cuidadas; y lo debe hacer desde el feminismo (y desde la economía feminista, que prioriza el mantenimiento de las personas frente a las exigencias

de los mercados, pasando por una redistribución de las responsabilidades relacionadas con los cuidados y su reorganización en el marco de una ética más sostenible de la vida) y desde la ecología social. Ambos dinamitan los pilares en que se sustentan las dicotomías heteropatriarcales que han producido nuestras ciudades y que han provocado que la feminización (y sobrecarga para las mujeres) de los cuidados se acompañe de su invisibilización (y precarización).

### ***Una ciudad 'cuidadora'***

Si por un lado, los feminismos históricos (a través de sus elementos predominantes: reclamación del voto e igualdad de derechos políticos) tenían la ilusión de que las relaciones más equitativas y equivalentes entre los sexos podían ser alcanzadas por medio de códigos y soluciones legislativas, por el otro, los feminismos contemporáneos se han dado cuenta de que la separación entre hombres y mujeres se ha convertido en algo estructural, enmascarada por el reconocimiento 'formal' de los derechos que, en la realidad de los 'hechos', no han cambiado de manera profunda las prácticas cotidianas, sociales y de vida.

La ciudad cuidadora tiene que colmar esta brecha y, al mismo tiempo, el vacío entre el Estado del Bienestar que se derrumba y el mercado libre que intenta hacerse con todos los servicios relacionados con nuestras necesidades básicas, y lo tiene que hacer para, por y desde la comunidad (en su contexto real y concreto, a través de una individualización de los cuidados) y para, por y desde una ciudadanía responsable y comprometida.

Una ciudad cuidadora es una ciudad que cuida el espacio público, que administra con cuidado, que cuida con cierta sensibilidad la vida cotidiana de quien usa y vive sus espacios, que hace de los cuidados un eje importante del sistema productivo que la sustenta. Es una ciudad que nos permite cuidar, cuidarla y cuidarnos, brindando a cada persona, sea cual sea su edad, clase social o especificidad funcional, la posibilidad de ser autónoma, de afirmarse y realizarse como individuo de pleno derecho, sin que haya ninguna actividad comercial de por medio que interfiera en esa tarea.

#### NOTA SOBRE LA AUTORA

Serafina Amoroso es Arquitecta (Università di Firenze, 2001), doctora (Università Mediterranea di Reggio Calabria, 2006) e investigadora independiente. Máster en Proyectos Arquitectónicos Avanzados (ETSAM, 2012). Máster en Investigación aplicada en estudios feministas, de género y ciudadanía (Universidad Jaume I, 2016). Co-organizadora del congreso internacional MORE-Expanding architecture from a gender-based perspective - III International Conference on Gender and Architecture (Florencia, 2017).

# ¿SIN PARTIDO NI MARIDO?

## EL ESTALLIDO SOCIAL EN CHILE Y LAS RESPUESTAS FEMINISTAS

ÁNGELA ERPEL

*“El estallido social que ha movido a Chile desde octubre de 2019, tomó por sorpresa a la elite chilena, mas no a las personas comunes y corrientes. La sociedad hacía rato que venía mostrando un malestar que se estaba expresando de manera cada vez más aguda en redes, en conversaciones cotidianas, en columnas de opinión, en encuestas, en memes, en rayados de paredes, en canciones, en comics y en ponencias académicas. Chile estaba dando señales, desde hace ya algunos años, de la mala salud del modelo neoliberal, que fuera otrora el orgullo de sus burócratas gestores. La palabra que resumía todo este descontento era una sola: abuso.”*

Un diario oficialista tituló la aparición del fenómeno social más importante de la historia actual de Chile como “La crisis que nadie previó” y el mismo presidente Piñera dijo en entrevista en diciembre: “No lo vi venir”, mientras el ex gerente del Metro (por donde comenzó la crisis) en un acto despectivo a la masiva evasión al transporte público por alza del pasaje, dijo burlesco: “Esto no prendió”.

La ceguera de la elite política no advirtió antecedentes bastante claros. Uno de ellos tiene que ver con las masivas manifestaciones feministas que en el año 2018 explotaron y coparon los medios de comunicación

de Chile y el mundo: la contundente demanda por el aborto libre, ya muy visible en Argentina, fue seguida por otras reivindicaciones históricas del movimiento, que ponían en el ojo del huracán a la violencia como un fenómeno estructural, como parte integrante de todas las instituciones patriarcales que sustentan el modelo. El machismo en la educación, en la política y en la casa, no se toleraba más.

El 16 de mayo de 2018 se llamó a la gran marcha “Por una educación no sexista” que fue la punta de lanza para lo que vendría después: 160 mil estudiantes se tomaron las calles en una histórica jornada y luego se tomaron los establecimientos educacionales,

resistiendo a una represión pocas veces desplegada contra las feministas. El 2018 fue un año marcado a fuego por la marea violeta y los pañuelos verdes; por eso, no fue sorpresa que al año siguiente, en el día de la lucha por los derechos de las mujeres, el 8 de marzo, la impresionante marcha por la principal calle de Santiago, reuniera a casi medio millón de personas. El feminismo se masificó y eso fue un tema urgente: ¿Cómo abordamos esta masividad sin caer en la despolitización, sin caer en la banalización de las causas feministas? ¿Cómo evitar que este entusiasmo sea capitalizado por “los mismos de siempre” para su provecho personal? Numerosos conversatorios surgieron en todo Chile, asambleas, foros, trabajo territorial y discusión académica se multiplicaron a lo largo del país. El feminismo ya era parte de la discusión pública.

### ***Y en eso vino el estallido.***

Las feministas alzaron la voz junto con todas las otras voces que gritaban el malestar y se instaló la mirada feminista en las demandas generales: mejores pensiones, acceso a la educación, salud digna, etc., ya traían incorporada la variable género. El feminismo había golpeado la mesa y no había vuelta atrás. La demanda

por una Nueva Constitución no tardó en aparecer y por tanto, también surgen las visiones feministas para la creación de este nuevo texto fundamental. La exigencia de la paridad como condición básica, fue una de las banderas que enarbolaron algunos grupos, mientras las más radicales gritan la desconfianza que sienten frente a las instituciones patriarcales.

Así fue que, mientras los políticos organizados en sus partidos, tan cuestionados y desacreditados, se reunían a puertas cerradas en el ex Congreso para dar una solución institucional, desde la calle, una melodía dura y golpeada comenzaba a expandirse por redes, por el boca a boca, por el cuerpo a cuerpo: “El Estado opresor es un macho violador”, cantaba el colectivo Lastesis, cuatro jóvenes activistas de Valparaíso que revolucionaron el ya revuelto escenario chileno. Basadas en un fuerte cuestionamiento a las gastadas instituciones, responsables de la violencia al cuerpo de las mujeres, Lastesis apuntaron con el dedo al corazón del problema: la violencia institucional.

“El violador eres tú” se convirtió en himno feminista global, partió como una performance cualquiera en las calles de Valparaíso, para luego extenderse masivamente por el mundo entero, se tomó las calles,



Eugenia Paz, 2019

las plazas y uno que otro parlamento. Se tradujo a muchos idiomas, nació en el seno de la ciudad pero lo cantaron mujeres campesinas e indígenas de Latinoamérica y África; mujeres jóvenes, mayores, ancianas, en un grito unánime dijeron: “El violador eres tú, son los pacos (policía), los jueces, el Estado, el Presidente”. A contrapelo de quienes buscan y proponen una salida institucional al conflicto, estas feministas señalan que son justamente las instituciones las responsables de este entuerto.

Y el escenario se complejiza más aún: mientras todas parecen corear con entusiasmo y al unísono, que el violador es la estructura jerarquizada, de esos mismos grupos surgen iniciativas de formar partidos políticos y crear comisiones dialogantes para negociar con la democracia representativa, es decir, con los partidos. ¿Qué pasa entonces? ¿Criticamos el matrimonio como institución pero igual nos casamos por salvar la familia? ¿Cómo se aborda esta contradicción sin caer en las fragmentaciones de siempre, que han quemado históricamente los movimientos sociales en la hoguera del “fuego amigo”?

Mientras algunas reclaman paridad y representación, otras dicen que en este poder no hay que empoderarse,

sino rebelarse. En el aire enrarecido por el debate constitucional, se gestan algunas iniciativas partidistas pese a la mirada de desaprobación de quienes señalan con el dedo a los violadores enquistados en la burocracia. Finalmente una sola de estas iniciativas logra hacerse carne y se inscribe formalmente el Partido Alternativa Feminista (PAF), en medio de aplausos y críticas, de vítores y reprobación.

Como un *déjà vu* de los años 80 y 90, el clásico “autónomas vs. institucionales”, resurgen nuevamente las palabras de Julieta Kirkwood en el Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano en 1983: “¿Se puede hacer feminismo fuera de los partidos políticos –de manera autónoma e independiente– si lo que se quiere es cambiar estructuras profundas? ¿Vale la pena entrar si a la larga, las mujeres al interior siguen siendo dominadas por ejes que no necesariamente las representan y eso las comprime?”

Para muchas, este partido (u otros que surjan), que es “instrumental para el plebiscito de abril” - según sus propias gestoras - no es más que eso, una instrumentalización descafeinada del potencial feminista. La prensa hizo lo suyo y presentó este partido como “el primero en la historia del feminismo



en Chile” y además “inspirado por Lastesis”; ambas afirmaciones no solamente no son ciertas, sino que tergiversan la direccionalidad, porque el PAF, después de todo, quiere sentarse a la mesa del Estado-macho, y no para tirar del mantel precisamente. Lastesis no tardaron en comunicar abiertamente que ellas se desmarcan de cualquier política partidista pero que apoyan la autonomía de quienes sostengan otras formas de lucha.

El capítulo está lejos de cerrarse, faltan dos meses para el plebiscito por una Nueva Constitución y las feministas seguimos pidiendo democracia en la calle y en la casa, también recordando a Virginia Bolten que proponía avanzar sin estructuras jerárquicas: “Ni amo, ni partido ni marido”.

¿Será que cierta fracción del feminismo aún teme la soltería? Veremos quien finalmente recoge el ramo en todo esto.

#### NOTA SOBRE LA AUTORA

Angela Erpel Jara, Socióloga feminista, Universidad de Chile. Con formación de posgrado en Habitat y Pobreza Urbana en América Latina (UBA, Argentina) y en Género, Políticas y Participación (Universidad General Sarmiento, Argentina). Actual Coordinadora del programa Democracia y Derechos Humanos, Fundación Heinrich Böll Cono Sur y miembro del directorio del Fondo Alquimia (Fondo para mujeres de Chile). Activista en grupos feministas, lésbicofeministas y medioambientales.



Eugenia Paz, 2019

# LA PENALIZACIÓN DEL CUIDADO EN LA CIUDAD CAPITALISTA Y PATRIARCAL

BLANCA VALDIVIA

*“¿Qué hacemos en nuestras ciudades? Un montón de cosas; hablamos con nuestras vecinas, cogemos el metro para ir a trabajar, practicamos deporte, asistimos a asambleas, llevamos a nuestras hijxs al colegio, vamos al centro de salud...Actividades diversas y cotidianas, pero no todas encuentran en el espacio urbano un apoyo físico para poder llevarlas a cabo.”*

Las ciudades no son espacios neutros, son una producción cultural y como tal reflejan los valores hegemónicos de la sociedad en la que se sitúan. De esta manera, nuestras ciudades están inmersas en los valores de un sistema capitalista y patriarcal que se basa en la división sexual del trabajo, en la acumulación de capital y en maximizar la obtención de beneficios privados.

## **División sexual del trabajo**

Tradicionalmente los entornos urbanos se han configurado a partir de la dicotomía público-privado. El espacio público era el lugar de la vida económica, política y cultural, y estaba vinculado a los hombres, mientras que los espacios privados eran el ámbito de la reproducción y los cuidados, y era el espacio asignado a las mujeres. Aunque nos han inculcado

estas dicotomías como generalizadas e inmutables, en realidad son construcciones culturales que comienzan a asentarse a partir de la Revolución Industrial, en el contexto del norte global y especialmente entre las clases sociales más acomodadas, por lo que no son universales y se pueden transformar.

Esta asignación de espacios y roles ha llevado, por un lado, a que se ningunee la presencia y las contribuciones de las mujeres en la esfera pública. Por ejemplo, su participación en las actividades económicas, pero también su papel en los movimientos sociales y políticos a lo largo de la historia. Por otro lado, identificar el espacio privado como el escenario de las tareas reproductivas, invisibiliza que en el espacio público también se llevan a cabo actividades de cuidados, como ir con las criaturas al parque, acompañar a nuestra madre al centro de salud o ir al mercado. Por

esta razón, el espacio urbano actual no proporciona las condiciones físicas y materiales necesarias para los cuidados.

Y ¿qué son los cuidados? Según Joan Tronto el cuidado es “una actividad de especie que incluye todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro ‘mundo’ de tal forma que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestros seres y nuestro entorno, todo lo cual buscamos para entretenerlo en una red compleja que sustenta la vida”. Amaia Pérez Orozco contrapone las actividades de cuidados, que se mueven por una preocupación por la vida, ajena a la lógica del capital y que incluye el conjunto de actividades que, en última instancia, aseguran la vida (humana) y que adquieren sentido en el marco de relaciones interpersonales, gestionando una realidad de interdependencia. Por su parte Yayo Herrero afirma que las personas dependemos física y emocionalmente del tiempo que otras personas nos dan. Durante toda la vida, pero especialmente en ciertos momentos del ciclo vital, sería imposible sobrevivir si no fuese porque otras personas, principalmente mujeres por la división sexual del trabajo, dedican tiempo y energía a cuidarnos. Somos seres encarnados en cuerpos vulnerables que enferman y envejecen y que son contingentes y finitos.

Las ciudades se han diseñado para favorecer la esfera productiva, por lo que la configuración de los espacios materializa el orden social y económico jerarquizando actividades y usos, haciendo prevalecer unos frente a otros dedicándoles más espacio, mejores localizaciones y conectividad. En este marco material y simbólico los cuidados quedan relegados a un segundo plano.

### ***El diseño productivista de la ciudad***

En la ciudad productiva, tiempo y espacio determinan los usos y actividades. Este modelo de ciudad impone unos tiempos que no son compatibles con los cuidados, al no tener en cuenta que las personas somos funcionalmente diversas, que a veces estamos enfermas, tenemos dolores crónicos y que pasamos por diferentes etapas en el ciclo vital que hacen que no encajemos con unos ritmos y niveles de productividad impuestos y que generan frustraciones, miedos y merman nuestra autonomía a la hora de disfrutar de la ciudad.

Los espacios se planifican sectorizando usos y sujetos y favoreciendo el beneficio económico, en lugar de fomentar la interacción entre personas, la continuidad y simultaneidad de actividades, la autonomía. La concreción de espacios y redes de movilidad excluye a una parte de la población, ya que se han diseñado sin tener en cuenta las diferentes necesidades en relación



Foto: Blanca Valdivia. Poble Sec, Barcelona, 2018

con la accesibilidad, la percepción de seguridad, la diversidad de cuerpos, los ritmos...

El urbanismo feminista reivindica la importancia social de los cuidados sin que esto signifique encasillar a las mujeres en el rol de cuidadoras, sino asumiendo que todas las personas somos dependientes unas de otras y del entorno y que, por lo tanto, los cuidados deben ser una responsabilidad colectiva.

Los cuidados son imprescindibles para la reproducción social. Por lo tanto, es fundamental romper con la responsabilidad individual, que en la mayoría de los casos es asumida por mujeres, sin remuneración económica o con condiciones laborales muy precarias, y que comience a ser una responsabilidad social compartida.

### ***Repensar la ciudad desde una lógica feminista***

Nuestras ciudades son la materialización territorial de un modelo social y económicamente injusto, por

lo que para acabar con las desigualdades sociales y económicas es imprescindible un cambio estructural de paradigma. Repensar la ciudad desde una perspectiva feminista es dejar de crear espacios con una lógica productivista, social y políticamente restrictiva, y empezar a pensar en entornos que prioricen a las personas que los van a utilizar.

Poner a las personas en el centro de las decisiones urbanas significa hacer ciudades cuidadoras que tengan en cuenta la diversidad de experiencias, necesidades y deseos. Es construir territorios que favorezcan cuidarnos, cuidar de otras personas y cuidar de nuestro entorno.

Es el momento de cambiar nuestros entornos, transformando de manera radical los principios en los que se ha basado nuestro modelo urbano y cimentando los pilares de una ciudad cuidadora que cambie radicalmente. Porque es imprescindible cambiar la ciudad para transformarlo todo.

#### NOTA SOBRE LA AUTORA

Blanca Valdivia es socióloga por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Gestión y Valoración Urbana por la Universidad Politécnica de Catalunya. Es integrante de Col·lectiu Punt 6, cooperativa feminista que trabaja para repensar espacios domésticos, comunitarios y públicos desde una perspectiva de género interseccional y para contribuir a la transformación social.



Foto: Blanca Valdivia, Pamplona, 2018

# CAMBIAR O TRAÇO

LUPE CES

*“Poderíamos traçar umha linha da pobreza, em ascendente, desde o centro da cidade até os bairros mais periféricos. Poderíamos traçar umha linha da tristeza perpendicular às soidades que habitam a cidade, para recolher todos os planos, cada um dos ângulos. Pensar a cidade desde a pobreza, desde a tristeza, desde a soidade, desde a incerteza..., para construir espaços de cuidados, dignidade, seguridade, acompanhamento, solidariedade...”*

**O**s caminhos das mulheres. Mulheres cargando compras, carrinhos com crianças. Mulheres fazendo os caminhos à escola, ao trabalho de madrugada. Mulheres sem caminho, nas casas cuidando, ou soas. Mulheres transitando esquinas apagadas, túneles escurecidos de curvas inquietantes. A cidade excluín-te, ameaçante.

A linha da pobreza cara as casas de humidades eternas, janelas pequenas por onde se filtra o vento e os reumas, o sal das paredes a sugar água e fungos derramados em todas as estâncias. Impossível que a beleza do pano na mesa, oculte os teitos descascados. Ascensores oscilantes e falsos que às vezes faltam à cita. Andares elevados onde ficam prisioneiras as vidas limitadas.. Farolas apagadas ou rotas, bancos arrincados e papeleiras esgazadas que incidem no desalento. Contentores impossíveis, com tapas impossíveis, com barras impossíveis que deixam o lixo ao capricho das gaivotas ou das ratas. O vento acumulando, afetado de diógenes, resíduos plásticos nas coordenadas dumha escada esbaradiza.

Chuvia paralisante. Nom há onde ir, difícil encontrar-se. As crianças rebotando nas esquinas das casas, passarinhos atrapados. Sair só ao mandado, para sobreviver, deixando o viver aparcado. Amanhar com o mínimo, até que dê escampado. A ver se a febre passa e a roupa dá secado.

A vida em soidade. A radio sem batería e o televisor moi alto, moi alto, que nom se escuita claro. Na mesa só um prato, e as tardes vam caíndo junto às noites, como as folhas num outono dilatado. Sair às escadas, precipício de aventuras arriscadas, pensando na descida e pensando na chegada, calculando gramo a gramo, o que se pode cargar até casa. Tam longe o imenso espaço de hipermercado em secçons organizado, tam extenso o caminho a recorrer para ter o necessário!

A morte em soidade. A traíçom dumha caída, a dor, a fame, a sede. As horas eternas aguardando, mentres as imagens da vida vam passando, alegrando e amargando. A loucura de ver-se no final tam esquecida. Aguardar ao cheiro filtrado baixo a porta, para que venham recolher os restos dumha vida. A cidade em celas dividida.

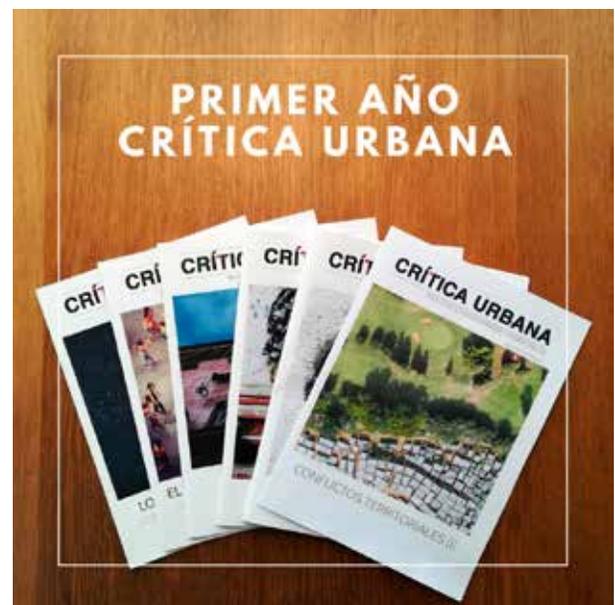
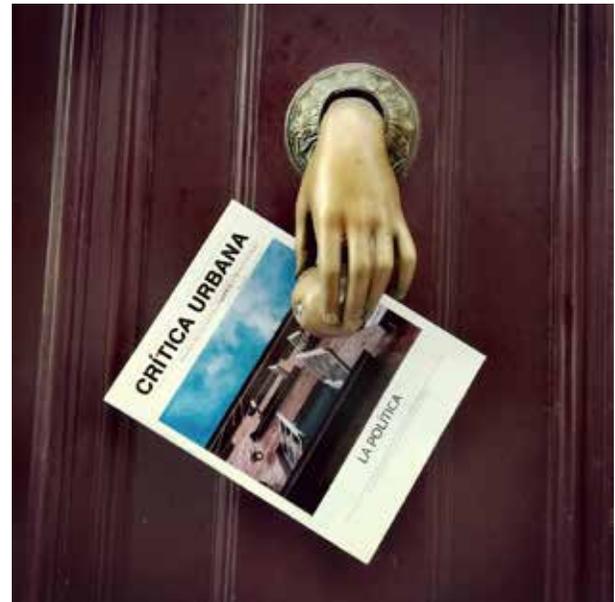
Quem construi de costas ao que somos? A cidade nos possui e nos ordena. Quem nom nos pensa? Quem pom barreiras no caminho? Quem nom traça caminhos seguros para andares diferentes? Quem separa a vida da eficácia e a destreza? Quem impom, bêbedo de benefícios, que a cidade nos seja alhea? Suster a vida, como tarefa colectiva. Compartida. Para traçar novos planos e reabilitar a cidade para a vida. Eis a olhada feminista cambiando o traço na gestom do espaço.

#### NOTA SOBRE A AUTORA

Lupe Ces. Mestra xubilada. Activista feminista, na actualidade participa no movimento Galegas 8M. Pertence à xunta directiva da asociación AGAMME, ao Comité Cidadá de Emerxencia para a Ría de Ferrol, à Plataforma pola Remunicipalización e Defensa dos Servizos Públicos, e desde o ano 2013 forma parte do grupo impulsor do proxecto de economia social "Tenda de Troco".



Marcha Mundial de Mulleres. Ferrol. Foto: Fernando Ocampo



## Estamos en las redes

 <https://www.facebook.com/criticaurbanainternacional/>

 [https://www.instagram.com/critica\\_urbana\\_int/](https://www.instagram.com/critica_urbana_int/)

 <https://www.youtube.com/channel/UC8p8sU53sxjOHIbss6rLb4g>

# ARDE GALICIA

## AS MULLERES COIDADORAS DO TERRITORIO

LUCÍA ESCRIGAS  
ROSALÍA MACÍAS

*“Diversos factores convierten a Galicia nunha mecha susceptible de prender en calquera momento. O abandono do rural, a mala xestión dos montes, a planificación territorial, a inacción das institucións e a desvinculación da poboación co territorio son só algúns dos factores que favorecen o fogo nos montes galegos. Se a isto lle engadimos unha ollada de xénero, faise evidente que as mulleres xogaron e xogan un rol fundamental na prevención dos incendios. Elas son as protectoras, coidadoras e críticas do noso medio ambiente, e de todo o que nel habita.”*

**N**a mente dos galegos e galegas están gravados a fogo, e nunca mellor dito, os incendios que se produciron no verán do 2006, cando quedaron calcinadas máis de 75.000 hectáreas -77.000 segundo a Xunta de Galicia, e preto de 86.000 segundo a Comisión Europea-. Pero o monte xa ardera antes, e continuou ardendo despois. Entre 2001 e 2014 houbo no Estado español 223.818 incendios, dos cales 87.367 foron en Galicia; ou o que é o mesmo, o 39 % do total.

Cada ano, a Xunta de Galicia anuncia un aumento dos recursos materiais que contribuirán á extinción dos lumes. E aínda que estas ferramentas son necesarias,

é imperioso acompañar de educación e sensibilización esa despregadura de avións e motobombas. Iso é o que opinan desde Batefogo, un proxecto de intervención social que aposta por apagar os lumes falando. “É máis sinxelo investir enormes cantidades de cartos en extinción que en deseñar colectivamente unha nova forma de xestionar e vivir no territorio”, lamenta Miguel Pardellas, un dos impulsores do proxecto.

Pardellas, que no marco do seu proxecto coordinou o libro colaborativo *Árbores que non arden*, insiste en que “os lumes son un problema social”. Por iso consideran a educación ambiental e a participación “ferramentas indispensábeis para afrontar o problema (...) Sobre todo se queremos facelo dende unha perspectiva

estrutural e non só de forma superficial, como actualmente se fai centrando os esforzos na extinción e non na prevención”.

Segundo explica, é preciso compaxinar a prevención dos lumes coa dinamización económica e social do rural. Para iso cómpre traballar cos públicos máis implicados, “é dicir, os públicos adultos e non só escolares”, apunta Pardellas. Este investigador e educador ambiental pensa que hai que ter en conta tamén a “vinculación emocional co territorio”, pois “o monte non é só un ‘espazo produtivo’ senón que está cheo de recordos, historias, memoria... cómpre traballar estes vínculos para poñelo en valor e poder articular estratexias de prevención”. Batefogo faino a través de procesos participativos coas comunidades, nos que tratan de identificar os problemas para así poder pensar medidas e solucións: “A educación ambiental pode xogar un papel moi importante no manexo dos conflitos que existen; para exteriorizalos, relacionalos con outras cuestións e buscar participativamente solucións”, asevera.

Non pode haber solucións sen analizar o problema, e esa análise ten que ser feita desde a perspectiva de xénero.

### ***O rol das mulleres neste problema***

A dicotomía entre o espazo público-homes e o espazo privado-mulleres sempre estivo presente nos

estudos de xénero. Aquelas actividades vinculadas aos coidados e ás tarefas reproductivas estiveron socialmente reducidas ao fogar, ao espazo doméstico. Nun contexto rural, o fogar implica máis espazos que aqueles contidos en catro paredes: o campo, o monte ou os espazos exteriores privados. Durante anos e anos, as mulleres fixeron moitos traballos non remunerados e invisibilizados relacionados co coidado do territorio, como rozar e limpar, que axudan á prevención dos incendios.

Como explica a médica e activista feminista Lola Ferreiro, “as mulleres rurais teñen tres xornadas laborais”, pois contan co seu emprego fóra de casa, ocúpanse do fogar e tamén de coidar a terra e os animais. Pero Ferreiro insiste en que a pesar desa carga de traballo e da súa importancia, a maioría das labregas non cotizan. “O papel das mulleres no medio rural foi fundamental para construír o país”, resume.

Todos estes traballos foron asumidos desde a renuncia e a obriga, tal e como di esta activista e coordinadora do Grupo Lúa Crecente. Unha renuncia propia, ao seu propio coidado e seguridade, para antepor o ben da comunidade. A muller, por inercia, maternaliza todos os seus traballos, asumindo un rol de coidadora en todas as esferas da vida. É por iso que, tal e como di Ferreiro, “temos unha débeda histórica coas mulleres”. Ademais de a través dos coidados, as mulleres tamén se organizan para loitar contra os lumes. Alén



Lucía Escrigas: O monte en chamas

destes traballos de prevención dos incendios, son as protagonistas de moitas das loitas pola defensa da terra e dos montes. Lideran, por iniciativa propia e desde as accións colectivas, protestas para tentar incorporar os problemas do medio nas axendas políticas galegas.

### ***Unha crítica á planificación territorial desde unha visión ecofeminista***

O ecofeminismo, que conxuga a perspectiva feminista coa ecoloxista, vela por elevar o concepto de coidados ao territorio e á natureza, xerando reflexións sobre os modos de relacionarnos co noso entorno. Isto é chave en Galicia, onde a falta de coidados e de sensibilidade neste aspecto favorece os incendios forestais.

Dende o punto de vista capitalista, o solo enténdese soamente como un valor monetario. “A mercantilización do solo a través da práctica urbanística do estado capitalista moderno ten unha consecuencia terrible, ao instaurarse a percepción social dominante de que o terreo que non se urbaniza carece de valor”, aseguran desde Dexenero, un proxecto de investigación que achega a perspectiva de xénero á arquitectura e á sociedade. Ao priorizar aqueles espazos onde se pode sacar rendibilidade económica, os demais espazos, incluídos os naturais, quedan relegados ao abandono, castigados pola indiferencia social.

Dentro desta dinámica viciosa da produción económica, vese o territorio como unha fonte de recursos e non como un espazo cheo de vida e de biodiversidade. No caso de Galicia, faise moi evidente polas prácticas forestais que se levaron a cabo nos últimos anos. Tal e como afirman María Novas e Sofía Paleo, creadoras de Dexenero, “a forestación reduccionista de especies de crecemento rápido como o piñeiro ou o eucalipto, leva ao uso monofuncional dos recursos naturais e á destrución do bosque tradicional, reducindo a complexidade dos ecosistemas e a súa capacidade de operar como barreira natural fronte ao lume.” O territorio galego xa non é o mesmo que viviron as xeracións pasadas. A realidade é moi diferente, tanto nas dinámicas como nas especies, por iso é preciso actualizarse e adaptar a planificación territorial ao novo escenario.

A comunidade ten un papel fundamental, pero é imposible evitar que ardan miles de quilómetros cadrados se non se conta con políticas e leis adecuadas. “Ante a falla dun proxecto de país que combata estas problemáticas de corte social, o coidado do noso monte queda relegado á imposibilidade ou ao voluntario esquecemento”, lamentan as arquitectas. “Lembremos que a figura excepcional dos montes veciñais en man común representa unha categoría insólita do noso territorio, sobrevivinte pese a todo, cunhas potencialidades únicas para pasar a poñer



Eucalipto en Oleiros (A Coruña). Foto das autoras

a vida da colectividade que a habita no centro. Pero para iso precisamos unhas políticas forestais sensibles e sensatas, coherentes coa realidade do noso medio”, apuntan, e engaden que esas políticas “só poden nacer da vontade do poder político, da posta en valor do coñecemento experto e da escoita das organizacións da sociedade civil que levan anos cuidando territorio, moitas das veces sen máis medios que o propio traballo voluntario”.

Lola Ferreiro coincide, e considera que hai que esixir aos poderes públicos que asuman a súa responsabilidade e aporten os medios necesarios. “Sen isto, o traballo convértese nun exercicio de voluntarismo que desgasta e queima a quen o desenvolvemos e que, en todo caso, compromete o proceso e os resultados”, afirma.

### ***Solucións para problemas estruturais***

Desde a Xunta de Galicia repítese o discurso das “tramas criminais” ou o “terrorismo incendiario”, reducindo as causas dos lumes a individuos ou grupos concretos con malas intencións. Esta teoría omite todos os factores estruturais e capitalistas que levan

á situación actual: un país de montes queimados. “Os problemas son globais, do gran capital pero se nos trasladan á individualidade”, afirma Lola Ferreiro. Valorizar e visibilizar os cuidados feitos polas mulleres é imprescindible e urxente, pero acompañalos de medios, educación e máis cuidados, é vital.

Pola súa banda, Miguel Pardellas reitera que a prevención dos lumes ten que estar “ligada a unha redefinición dos usos do monte, a unha redefinición da nosa relación co monte e unha redefinición das relacións entre nós. Estes tres procesos, que precisan do seu tempo, teñen que compatibilizarse con estratexias inmediatas que reduzan os riscos”.

E en todos estes resortes, as mulleres xogan un papel chave. “Elas son as que, aínda agora, sustentan a cohesión e dinamización das comunidades”, di Pardellas, que lembra que se trata “dun rol de cuidadoras que, se ben é certo que non é xusto dende un punto de vista da carga que supón (e que por tanto cómpre reequilibrar), si que constitúe un punto de partida básico para recuperar o control do territorio. Empregando ademais claves distintas onde prima unha lóxica non exclusivamente extractivista”.

#### NOTA SOBRE AS AUTORAS

Lucía Escrigas é arquitecta pola UDC. Sempre estivo interesada no urbanismo dende una visión social, polo que participou en distintos proxectos de investigación urbanísticos en diferentes cidades, como A Coruña ou Madrid.

Rosalía Macías é xornalista especializada en conflitos e movementos sociais. Ademais de en medios de comunicación nacionais e franceses, ten colaborado con ONGs comprometidas coa comunicación social como AGARESO ou ASAD.

# “80 PARES DE ZAPATOS”.

## BOGOTÁ: MIGRACIÓN VENEZOLANA EN FEMENINO

LILIANA FRACASSO

*“A excepción de la migración española y africana entre los siglos XVI-XVIII, Colombia nunca ha sido receptora de grandes corrientes migratorias. Sin embargo, en los últimos años, a causa de la crisis económica actual en Venezuela, Colombia se transformó en el principal país receptor, experimentado por primera vez en la historia un flujo masivo de migrantes.”*

**E**n la diversidad de género y de la vivencia de la migración, tornan a la mente la teoría de Henri Lefebvre en la construcción del espacio y la idea de que una ciudad es todo lo que se experimenta, conoce, representa, construye o destruye como una ciudad.

### **Historias privadas hechas públicas**

Entre la muchedumbre de personas que transitan en las calles de Bogotá y en las estaciones del sistema *Bus Rapid Transit*, el *Transmilenio*, se mezclan historias de angustia y lucha para la supervivencia. El pregonar de algunos migrantes para conseguir ayudas, estereotipa las historias reales de malestar, despersonalizando situaciones o hechos. Los microrrelatos, en cambio, son un potente medio para comunicar la diversidad de significados que en la migración femenina adquiere la palabra resistencia o resignificación de experiencias. En la historia personal de una joven inmigrante venezolana, llegada a Colombia hace poco más de un año, descubrimos la motivación a migrar, los miedos,

la superación de las dificultades, la discriminación y su resistencia creativa. Llamaremos G. a una mujer bonita, vital y sonriente, con 36 años, casada con un hombre de 33, madre de cuatro hijos menores de edad.

### **No cruzar el puente sino el río**

Cuando llegó a Colombia, G. no cruzó el puente sino el río, recuerda que el agua llegaba más arriba de sus rodillas; luego prosiguió rumbo a Cúcuta. Para pagar el viaje G. vendió la cocina nueva de su casa, por 1000 dólares; sin embargo, le cobraron mucho más de lo que vale un pasaje normal y allí se fueron sus ahorros. G. viajaba con su esposo, sin los niños y ya sin dinero. Desde Cúcuta a Bogotá fue un calvario: repetidos cambios de busetas, siempre por trochas y en cada cambio de vehículo o ruta, las mafias intermediarias le quitaban lo poco que le quedaba. Pasó el páramo, en un recorrido caótico, incómodo, largo, angustiante por su condición ilegal, frío, muy frío hasta subir en un *pullman* ‘de lujo’ que los recogió con destino a Bogotá para llegar al terminal del Salitre.

### **Reunir la familia con el dinero del rebusque**

Los tres hijos menores de G. llegaron unos meses después. Con sus primeros trabajos informales en Bogotá (el “rebusque”), vendiendo gelatinas y *donuts* en la calle y trabajando en una empresa de antenas parabólicas, esta mujer empezó a ahorrar. Trabajó luego en una panadería y en una tienda de adornos de Navidad. Así logró conseguir el dinero para traer a sus hijos y su mamá, cuatro meses después. La hija de 16 años fue la última en llegar y viajó sola hasta Bogotá expuesta a cualquier peligro, puesto que los viajes de los hijos fueron hasta peores que el suyo, ya que entraron por Arauca, pasando por Tame, en los llanos orientales. En el transcurso del viaje, en una de las paradas los hacinaron por mucho tiempo en una habitación con más de 50 personas, sin nada, absolutamente nada y les cobraban dinero por usar el baño, por lavarse, por todo.

### **Habitar controlado**

En Bogotá G. cambió dos veces de vivienda, llegó como huésped en casa de un hermano, en una localidad donde actualmente viven muchos otros venezolanos, tal vez unas 170 familias, distribuidos entre varios barrios. G. consiguió su actual vivienda en el mismo barrio del hermano y vive en un conjunto de casas de familias, donde hay un solo acceso y todos los que entran y salen son vigilados y fotografiados; nadie puede entrar o salir sin que las familias del conjunto lo sepan. Las casas son de propiedad de un español, que no vive allí y las arrienda para otros migrantes del país. En su casa no les permiten modificar nada, no le dejan personalizar el espacio que habita, tampoco colgar la ropa para que se seque al aire libre y en el apartamento no hay espacio donde colgar. En un acto de rebeldía G. logró colgar la ropa hacia el exterior de su casa.



Foto: F. Cabanzo

Su último trabajo fue en una tienda de flores y la despidieron porque necesitaba un permiso para atender asuntos familiares y no quisieron dárselo. No es fácil conseguir trabajos sin papeles y ella no los tiene. El pasaporte de G. está vencido, vale mucho renovarlo y el gobierno colombiano ya no concede el PEP - Permiso Especial de Permanencia-, la oportunidad se cerró y era solamente para renovar permisos ya otorgados a gente llegada antes y con más recursos. La adaptación de sus hijos al colegio no fue fácil, sufrieron *bulling*, pero G. fue a hablar con la dirección del colegio y los profesores mediaron solucionando el problema. G. ha recibido ayudas de la gente, aunque considera que existe xenofobia de los colombianos hacia los venezolanos. Reconoce una diferencia de conductas entre ellos y los nacionales: los venezolanos son más confiados, abiertos, mientras que los colombianos (de Bogotá) no confían, no comen cualquier cosa y sus fiestas navideñas son aburridas.

Muchas connacionales de esta mujer, para trabajar en Bogotá, buscan armar una cajita de venta de dulces (chaza) y esto es una conquista. Realizan una inversión de 30 o 40 000 pesos (cerca de 11-12 euros), luego en una tienda situada en una calle específica de la ciudad, consiguen por 400 pesos los dulces (golosinas), y allí pueden lograr una ganancia de 600 pesos por cada dulce si los venden en el *Transmilenio*. Quien vive de esto gana, cuando le va mal, 30.000 pesos diarios y si le va bien hasta 60.000. Esto equivale a un buen sueldo en el rebusque. Otras connacionales en cambio piden limosna y cuentan historias, explotan niños, no se lavan y andan sucios para ser más convincentes y esto a G. no le gusta nada. Hacerse un sitio, conseguir casa, trabajo y dinero para una inmigrante venezolana como G. es posible solamente en el circuito de la economía informal y si eres "recomendada". "¡Si uno no es recomendado, no tiene vida, sin papeles, no tiene vida!".

### **No tener dinero y tener muchas cosas**

"Lo que han venido aprendiendo en todo esto los venezolanos es el valor de las cosas". En Venezuela había mucho desperdicio, de agua, de luz... allí no comprendían el valor de lo que tenían. En cambio, ahora todo se valora y nada se desperdicia y hay mucho cuidado para no malgastar los servicios. En Bogotá, G. se ha sentido "llena de cosas", y lo dice sonriendo, con asombro. "Si no trabajas no tienes dinero y esto es angustiante; sin embargo, he llegado a contar 80 pares de zapatos que la gente me regaló". No ha recibido ninguna ayuda del Estado, solo ayudas de la gente:

solidaridad de otras mujeres, familiares, amigos o personas buenas de nacionalidad colombiana.

En Bogotá G. lamenta su subida de peso, ha engordado mucho, por comer dulces que en Venezuela no encontraba. Recuerda con rabia y angustia las vicisitudes y adversidades sufridas cuando enfermó su hija y lo duro que fue no tener el dinero para curarla y transportarla al servicio médico que finalmente poco le ayudó. Su resistencia es un sueño realizado: lograr ahorrar para una inversión de 400.000 pesos en la compra de "el comando burger", un carrito ambulante para la venta de perros calientes que muy pronto circulará por las calles de Bogotá. Cuando pregunto a G. si cree que su historia es parecida a la de otros venezolanos llegados a Colombia, su respuesta fue "¡No! ¡Como la mía hay muchas, pero hay más y muy diferentes! ¡Muchas, muchas historias! Hay muchas personas que han llegado de diferentes formas...". Le pregunto "¿por ejemplo?". Me contesta: "Caminando. ¡Caminando en el frío del páramo y allí unos se quedaron, para siempre!".

### **Miedo específico y resistencia creativa**

En Bogotá, a razón de la migración de venezolanos, el miedo parece amplificarse y propagarse como una realidad producida socialmente, en la que ser mujer conlleva vivir un miedo específico, ocasionado por la desventaja y la desigualdad en las relaciones con los hombres. Desde el 2014, se cuenta el ingreso en Colombia de más de un millón de venezolanos, siendo Bogotá la ciudad de mayor recepción (315.528 según los datos de la Agencia de la ONU para Refugiados, año 2019). Poco menos de la mitad son mujeres jóvenes y niñas que han llegado en condiciones de gran vulnerabilidad.

El miedo de G. se expresa a partir de experiencias corporeizadas y no imaginadas. En su ser mujer migrante, indocumentada, madre y trabajadora informal, G. no le teme a la ciudad, no le teme a la calle, ya que en sus trabajos ha tenido que recorrerla toda sin reparo alguno, hasta los cerros cuando montaba antenas parabólicas. No obstante, en su historia emergen aquellos lugares que esconden sus propias reglas y que dan miedo, porque son expresión de los poderes y de las relaciones violentas que rigen esta sociedad patriarcal. Para mujeres como G. la violencia de género no se percibe tanto en el espacio urbano sino en este tipo de poder que se ejerce en cada ámbito, privado y/o público. Su resistencia creativa es una manera, también específica, de hacer ciudad basándose en la solidaridad femenina y en una nueva relación con el espacio determinada por el redefinirse del tiempo social, individual y doméstico.

#### NOTA SOBRE LA AUTORA

Liliana Fracasso es arquitecta por el Politécnico de Milán (Italia) y doctora en Geografía por la Universidad de Barcelona (UB). Profesora e investigadora en la Facultad de Artes de la Universidad Antonio Nariño de Bogotá.

# CIUDAD JUÁREZ Y LA EXCLUSIÓN DE LA MUJER DEL ESPACIO PÚBLICO

AIDA YARIRA REYES ESCALANTE  
DIEGO ADIEL SANDOVAL CHÁVEZ

*“Eugenia recuerda los tiempos en los que acompañaba a su madre al centro de Ciudad Juárez. Le encantaba el ir y venir de las personas y se embelesaba en la plaza; veía los árboles mientras sus piernas se balanceaban al tiempo que sus manitas sujetaban aquella banca de hierro. Teniendo al quiosco por cómplice, el sol se escurría entre las hojas, llenaba toda la plaza: era muy difícil esconderse del sol.”*

**S**u madre se concentraba en los afanes de las compras y las diligencias, después de todo, en el centro se escribían los guiones de la trama de la ciudad. En la plaza, rodeada de árboles Eugenia soñaba, esto y aquello y muchas cosas más; en medio de la muchedumbre y el ruido era capaz de encontrar quietud y de charlar consigo misma, la plaza la trasladaba muy lejos al mismo tiempo que la sujetaba firmemente, pero con delicadeza; allí podía correr y gritar, o callarse allí estaba muy sola, pero nunca desabrigada. La plaza era de todos y todos eran la plaza. La plaza, la que en verano lucía su vestido verde, con los olmos relucientes, esa misma que en invierno parecía sombría, que se cubría con el plateado del frío y que solo conservaba la viveza de los añiles. Esa plaza imprimió en Eugenia una imagen

imborrable: la impronta que deja el espacio público, que se gesta en la contemplación y la descripción del todo y los detalles, que establece una conexión con la psiquis de las personas y que trae consigo una interpretación individual. El espacio común, neutral y conflictivo a la vez, el que hace ciudad y hace vida, ese que forja carácter y permanece, el que se lleva en el corazón.

Enclavada en los márgenes del Río Bravo, Paso del Norte -antiguo nombre de la ciudad en los tiempos de la colonia- se vio de pronto dividida por la pérdida de más de la mitad del territorio que sufrió México durante la guerra con Estados Unidos en el siglo XIX. De ser una sola comunidad, repentinamente sus habitantes se encontraron divididos, no solo por el ya de por sí accidentado cauce del Río Bravo, que separaba el norte y

el sur de la comunidad, sino que ante el nuevo escenario geopolítico la identidad de la comunidad pareció desvanecerse y hubo de reconvertirse. La llegada de la modernidad benefició a Ciudad Juárez –nombrada así en 1888 en honor el prócer Benito Juárez– porque su vínculo indisoluble con su gemela norteamericana –que conservó el nombre Paso del Norte– le hizo partícipe del telégrafo y la electricidad y, a la postre, de la telefonía. Sin embargo, esta misma modernidad le cobró una costosa factura. Muy pronto, Ciudad Juárez pasó a ser un patio trasero donde los norteamericanos se tiraban a los excesos, sobre todo de sexo, alcohol y juego, lo que se potenció aún más durante la prohibición en la década de los 1920 y hasta los 1930. Las secuelas de una ciudad estigmatizada por el vicio y la prostitución permanecerían durante décadas.

Pero Eugenia no vivió esta época, sus recuerdos de la plaza se remontan a la posguerra, alrededor de 1948, cuando la ciudad relucía como un destino de visitantes y la Avenida Juárez, que conectaba a ambos países, llena de cabarets y salones nocturnos, llegó a ser considerada la calle más iluminada del mundo. El estigma del pecado de la lujuria y el vicio, continuaba, pero la distinción entre los habitantes era clara, el imaginario se encargaba de distinguir “quiénes eran las putas y los ladrones, y quiénes no.” No obstante este ambiente ‘pecaminoso’, la ciudad era caminable, la luz del sol separaba la vida cotidiana, la trama urbana era diurna y no había más exclusión para niñas, jóvenes o ancianas que las propias de una sociedad conservadora y mojigata típica de esos tiempos. Eugenia vivía la plaza y junto con su madre caminaba libremente y sin miedo las calles, esas mismas que albergaban los antros y tugurios que revivían al llegar la noche.

### **La gran transformación**

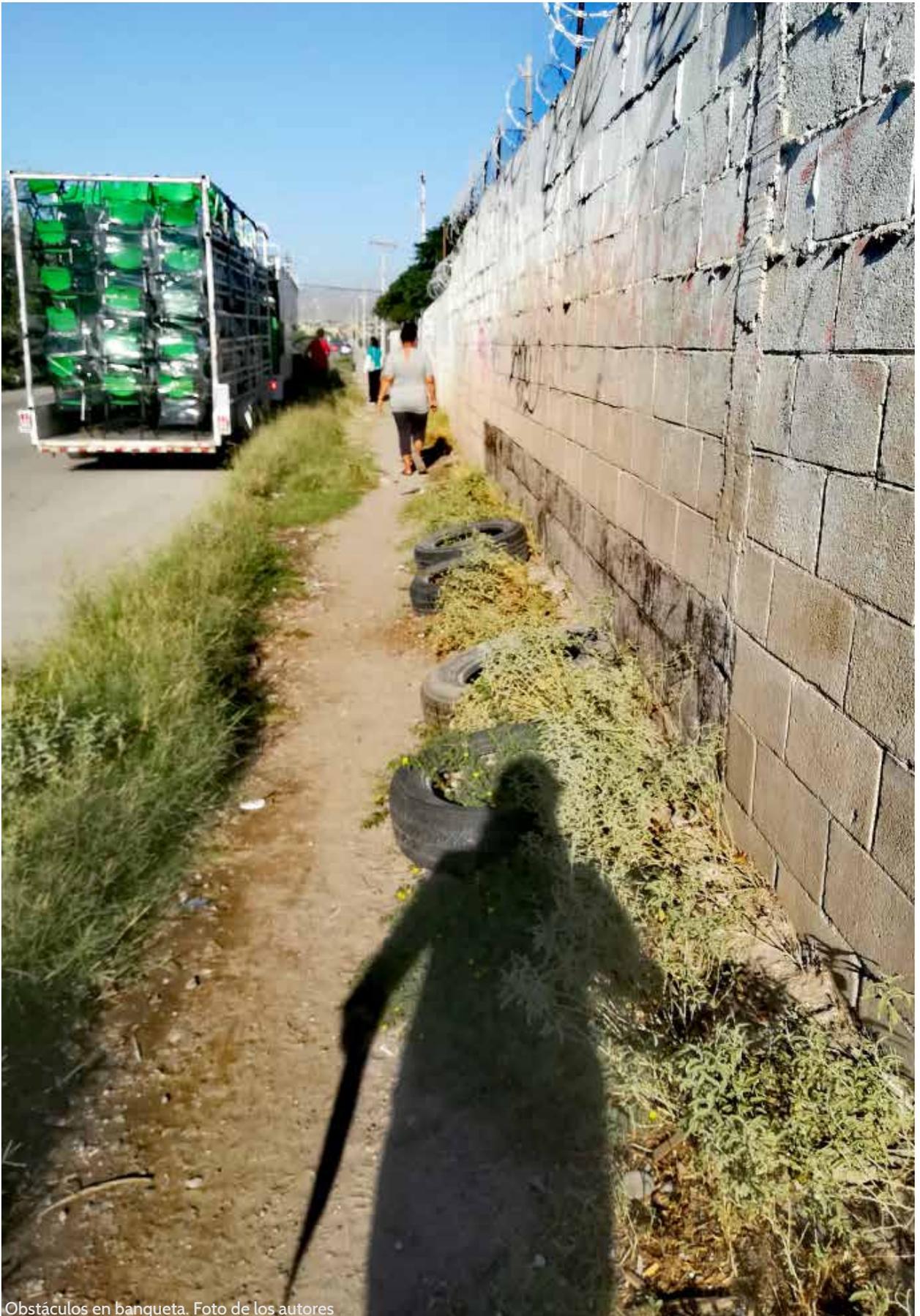
La plaza acompañó a Eugenia durante veinte años más hasta la llegada de la industria maquiladora. Ya casada y con dos hijos, presenció una transformación inusitada y avasalladora: en tan solo una década, la ciudad dejó atrás su tranquilo cariz turístico para tornarse en una ciudad caótica, extendida, gran consumidora de energía y materiales, donde las personas, especialmente las mujeres, pasaban más de una tercera parte del día trabajando en las líneas de montaje otro tercio realizando doble jornada en casa y el escaso tiempo restante, dormidas. En cosa de nada, la ciudad creció aceleradamente a la par del *boom* económico, con una sociedad sin cohesión, en la que la vulnerabilidad de la mujer creció, no solo por la exclusión propia del desorden urbano que cada vez alejaba más a las personas sino por la llegada de carteles de narcotraficantes que se adueñaron de la ciudad –a la que en su argot, paradójicamente, se le hace referencia como “la plaza”– y la convirtieron, literalmente, en un campo de batalla.

Pero para las mujeres la cosa no se detuvo allí, un escenario altamente masculinizante y un contexto legislativo omiso, en confluencia con redes criminales, dieron lugar a una ola de feminicidios que terminaron por segregar a las mujeres a ámbitos limitados y las privaron de la calle, el espacio urbano más elemental. Para 2008, a los 66 años de edad, Eugenia se encontró a sí misma viviendo en la ciudad más violenta del mundo, por encima de Caracas, Nueva Orleans, San Pedro Sula o Bagdad. Huelga decir que para ella y su hija, el derecho a la ciudad era inexistente. El flagelo de la violencia se agudizó aún más en 2010 cuando llegaron las fuerzas federales y la ciudad se militarizó, sin que cesaran las ejecuciones y la guerra entre carteles. Las inseguridades sistémicas y coyunturales, así como las miradas lascivas de los policías y militares, personajes extraños en la frontera norte, hombres separados de sus familias en tierras de clima extremo, prácticamente confinaron a las mujeres a las paredes de su casa. Ni pensar en salir a las calles y mucho menos asistir a los parques y demás espacios públicos. El contraste entre la experiencia masculina y femenina en la ciudad se tornó abismal, la inercia llevó a varios espacios públicos a masculinizarse: más grupos de hombres reunidos en los vacíos espaciales otrora concurridos por mujeres, más canchas de fútbol y frontón, menos bancas y quioscos. La manutención de las fuerzas federales se hizo a costa de la degradación del espacio público, un ente invisible que no reclamaba recursos con urgencia.

### **La ciudad no es para ellas**

Hoy Eugenia tiene 79 años, sin lujos vive sola pero bien, la pensión de su difunto esposo es suficiente para pasarla sin carencias. Su hijo Guillermo la visita a menudo y vigila que tome su medicación para la presión y la artritis, cosas de la edad. Su hija, Elsa como miles de personas en Ciudad Juárez, ahora vive en Estados Unidos donde está casada con un militar, se mantiene en contacto por las redes sociales y la visita dos veces al año. Su vejez es buena, aunque su andar es lento y su vista está cansada, su vida es fecunda, pero extraña la plaza.

Muy cerca de su casa, a 15 minutos caminando, hay un parque majestuoso. Aunque no es el mismo espacio de antaño ni en él se siente tan libre como en su niñez, cada vez que lo visita se llena de vida y de recuerdos, regresa fortalecida y optimista. En su ser nace y renace el amor por la vida y el afecto por los demás. Tan solo 600 metros la separan del parque y a ella le gusta caminar, se siente con fuerza y vigor para hacerlo y desearía hacerlo sola, pero le es imposible, no hay forma de llegar caminando, las calles están secuestradas por los coches y no hay forma de salvar los múltiples obstáculos en el camino: zanjas, baches, vehículos y un sinfín de barreras infranqueables, sin contar que hay grupos de hombres en muchas



Obstáculos en banqueta. Foto de los autores

esquinas a lo largo del recorrido. Eugenia está excluida de caminar al parque y la imagen de la plaza a donde llegaba con su madre y corría libremente solo vive en su memoria, sin que la pueda recrear; para ella, el parque es espacio inaccesible.

Historias como la de Eugenia son frecuentes y se repiten en todo Latinoamérica, conforme la esperanza de vida ha aumentado se han hecho manifiestas las dificultades que tienen los ancianos para transitar en las ciudades, particularmente para acceder al espacio público, mismo que se constituye en una premisa importante para el bienestar, particularmente por el efecto positivo en la salud física y mental que tienen los parques y los espacios verdes en general. El debate en la academia acerca del acceso al espacio público para las personas de la tercera edad, en especial las mujeres, ha llegado inclusive a considerar que se trataría de un derecho que debe ser consagrado en la legislación y que cualquier condición que impidiera el traslado se consideraría un asunto de justicia social. No es para menos, las calles representan aproximadamente el 30 % de todo el espacio público y el libre tránsito de personas se ha dejado a un lado para privilegiar el desplazamiento de los vehículos. Es tan importante el tránsito de personas que las aceras se consideran elementos de suma importancia para la democracia. En Ciudad Juárez sigue la exclusión para las mujeres, por la cultura, por las coyunturas de violencia e inseguridad, por los efectos de la economía de enclave de las maquiladoras o por lo incaminable que resulta la ciudad.

En las ciudades de la frontera norte de México las maquiladoras han traído consigo crecimiento económico, pero a costa del bienestar de las personas y de la cohesión social. La ciudad fronteriza crece aumentando el nivel de entropía, consumiendo cantidades ingentes de energía y fragmentado el tejido social. Los efectos negativos del desmedido crecimiento de la mancha urbana se reflejan con más intensidad en las mujeres en general, especialmente en

las niñas y ancianas a quienes la expansión de la ciudad las ha segregado, separándolas de sus seres queridos, y el mal estado de las calles y aceras les impide acceder a los espacios públicos, particularmente a los parques, donde se promueven y evocan sentimientos de afecto y se encuentra calma y solaz.

Un estudio llevado a cabo por los autores en el Parque Central “Hermanos Escobar” de Ciudad Juárez, reveló que, en un diámetro de 800 metros, considerando seis rutas, existen obstáculos fijos y móviles, que dificultan, y en muchos casos impiden, el acceso a pie al parque, sobre todo para las ancianas y niñas, quienes en el mejor de los casos se ven obligadas a caminar por media calle. Los obstáculos más comunes son la falta de aceras y el bloqueo de las mismas por autos, locales comerciales o postes de electricidad. Cuando están despejadas, las aceras están en mal estado, con desniveles que comprometen la seguridad, con discontinuidades en el trayecto, ya sea de longitud o de ancho, o simplemente no están presentes. Lo anterior sin contar los elementos masculinizantes, como los grupos de jóvenes en las esquinas.

Quizás, después de todo, Eugenia se puede considerar afortunada, ha sido testigo de una serie de atrocidades en la ciudad, pero conserva la memoria de aquella plaza donde el sol se agolpaba en su rostro. Sin embargo, otras mujeres no lo fueron tanto, nacieron o llegaron en medio de la violencia, atraídas por la expansión económica o el anhelo del sueño americano. No pocas han pasado a formar parte de las estadísticas de feminicidios o han dejado parte de su vida y su salud frente a una operación de ensamble en la maquiladora. La vida para las mujeres en la frontera ha quedado marcada, al menos en el futuro cercano seguirán segregadas, su vida estará en constante peligro y las asimetrías de género seguramente no cesarán. Para una mujer vivir en Ciudad Juárez no solo significa estar excluida de caminar a un parque urbano, sino que representa una carga pesada que habrá de llevar por un tiempo más.

#### NOTA SOBRE LA AUTORA

Aida Yarira Reyes Escalante: Doctora-investigadora del Instituto de Ciencias sociales y Administración (ICSA) de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Línea de investigación es la sostenibilidad, estudios organizacionales y turismo. Miembro de diversas asociaciones de investigación. Email: [aida.reyes@uacj.mx](mailto:aida.reyes@uacj.mx)

#### NOTA SOBRE EL AUTOR

Diego Adiel Sandoval Chávez: Profesor-investigador de la División de Estudios de Posgrado e Investigación del Instituto Tecnológico de Ciudad Juárez. Su línea de investigación es la sostenibilidad del espacio público, particularmente el parque urbano. Es miembro de varias asociaciones de profesionales y de la Asociación Nacional de Parques Urbanos y Recreación de México. Email: [dsandoval@itcj.edu.mx](mailto:dsandoval@itcj.edu.mx)

# URBANISMO FEMINISTA.

## UNA APROXIMACIÓN DESDE EL CASO DE LA PLAZA DE ARMAS, FERROL

ÁREA DE IGUALDADE DE FUCO BUXÁN

*“A principios de este año 2020 hemos asistido a un debate sobre el cambio de nombre de la actual Plaza de Armas de Ferrol por otro que daría más visibilidad a Concepción Arenal. Este caso podría extrapolarse a cualquier otro punto del mundo; por ello creemos importante anotar unas consideraciones.”*

**E**n las redes sociales surgía este debate con el pobre argumentario de que siempre ha sido la Plaza de Armas y quienes la conocemos como tal seguiremos llamándola así. Puede que esto sea cierto. Sin embargo, tenemos que pensar que, como sociedad y comunidad, debemos ir un poco más allá de lo que ciertas acciones puedan suponer en una primera instancia, pues lo que hagamos ahora tendrá una significativa y simbólica repercusión en el futuro. La configuración actual de las ciudades invisibiliza la historia de las mujeres y, por lo tanto, perpetúa la violencia de género. Quizás el cambio por Concepción Arenal no sea el más apropiado, pues existen ciertos elementos urbanísticos dedicados a ella. Tenemos la Plaza Camilo José Cela, más conocida como la que está en frente del edificio administrativo de la Xunta, y que el movimiento feminista ferrolano reivindica su cambio por el de Plaza de Amada García. Consideramos la importancia de reivindicar la historia de las mujeres en nuestro callejero ya que en Ferrol han existido

mujeres referentes para darles nombre y visibilidad como Ángela Ruiz Robles, Ángeles Alvariño, Carolina Casanova Rodríguez, más conocida como Carolina de Cepeda, Xohana Torres, Rebeca Atencia, etc. Precisamos ser parte de la educación de nuestra comunidad, como un agente de socialización, pilar fundamental para el desarrollo personal de ciudadanos y ciudadanas con un pensamiento crítico y reflexivo que se oriente hacia la igualdad, solidaridad y justicia social. En palabras de Zaida Muxi, es necesario que la población sea “actor constante en el hacer ciudad”, en su entrevista para Pikara Magazine (15/01/2020).

### **Urbanismo feminista**

El urbanismo debe ser público, abierto, colaborativo, consensuado, dialogante y, por supuesto, inclusivo, en aras de atender a la gente y al propio territorio. Estas características nos definen el urbanismo cuando se le aplica la perspectiva de género, es decir, el urbanismo feminista.

A día de hoy, las ciudades no responden a las necesidades de todas las personas que las habitamos y el urbanismo feminista viene a reflexionar sobre el concepto hegemónico de ciudad y, de esta manera, plantea los conflictos que suponen las ciudades para la accesibilidad, condiciones ambientales, cuidados de la infancia y personas dependientes y la participación urbana, entre otros aspectos. Es decir, el urbanismo feminista pone las necesidades de las personas y la vida en el centro desde una perspectiva interseccional.

En definitiva, nosotros y nosotras seguiremos con nuestra cotidiana Plaza de Armas, pero a través de un ejercicio de autocrítica y la perspectiva del movimiento feminista, podríamos ir alcanzando, poco a poco, un modelo de ciudad inclusiva a través del urbanismo feminista que nos aporte los recursos, elementos y mecanismos necesarios para enfrentarnos a la desigualdad de género; en este caso, visibilizar la historia y presencia de las mujeres en distintos ámbitos, reflexionando sobre todo lo que podrían contar las ciudades a las futuras generaciones.

#### NOTA SOBRE LAS AUTORAS

Área de Igualdade de Fuco Buxán. Fuco Buxán es una entidad sin ánimo de lucro, apartidaria, democrática, abierta y participativa que pretende convertirse en un foro de permanente debate que nos ayude, desde un conocimiento y análisis del pasado y del presente, a participar en la construcción de un futuro en paz y en libertad para todas y todos.



Obras para la reforma de la actual Plaza de Armas. Enero 2019. Foto: Maricarmen Tapia

# LA RESISTÈNCIA AL PATI DE VEÏNES

ADELINA CABRERA  
ISABEL BLAS GUILLÉN

*“Hi ha dues coses en les quals València s’assembla a moltes altres ciutats: les dones pateixen més que els homes l’exclusió residencial i les dones s’ocupen més que els homes d’alleugerir els efectes que té en la unitat familiar.”*

L’exclusió residencial no és més que una expressió de l’exclusió i pauperització social, la qual arremet amb més força contra les dones. En l’Estat espanyol, l’índex AROPE (les sigles en anglés per a *At Risk Of Poverty and/or Exclusion*, que mesura la pobresa i exclusió social) era en 2019 dos punts superior per a les dones (27%) que per als homes (25,1%). No és d’estranyar si, com informa la Xarxa Europea contra la Pobresa (entitat encarregada de l’informe AROPE), la taxa d’activitat laboral entre les dones en 2018 era del 53,1%, però del 64,6% en els homes; la desocupació femenina ascendia al 17,02% i la masculina al 13,72%; la jornada parcial ocupava al 24% de les dones i només al 6,8% dels homes. Per a acabar-ho d’arrodonir, segons l’INE la bretxa salarial el 2017 era de 12,1 punts percentuals en jornades completes i de 15,9 en jornades parcials, a favor dels homes. Amb aquest panorama, és senzill col·legir que les dones són més vulnerables a l’exclusió residencial, que és la que es produeix quan la pobresa afecta a l’accés, al manteniment o a les condicions de l’habitatge.

## **Les caps de família sense accés a l’habitatge**

La nostra experiència professional, en el Servei d’Intervenció en la Pèrdua d’Habitatge i Ocupació (SIPHO) de València ciutat, ens confirma que així és. Segons les dades que hem recollit durant el 2019,

el 70,5% de persones que van acudir al SIPHO amb problemes d’habitatge eren dones. D’eixa quantitat, el 13,56% eren dones sense càrregues familiars i sense parella, el 50,85% eren famílies monomarentals i el 48,6% eren famílies nuclears en les quals la dona ha pres la iniciativa en la gestió de la situació d’emergència habitacional. Si ho contrastem amb les dades dels homes, és significatiu que del 29,5% que representen del total, només el 7,8% eren homes sense càrregues familiars ni parella i l’altre 13,8% eren homes de famílies nuclears. No tenim registrada cap llar monoparental.

Les diferents identitats socials que s’interrelacionen i conviuen en una ciutat, com ara l’estatus social, l’ètnia, la raça, l’edat, la diversitat funcional i, com no, el gènere, determinaran el lloc que ocupa cada qui a la ciutat. Quan parlem de lloc, no sols ens referim a l’accés en l’espai estrictament territorial i les possibilitats de viure en un barri o en un altre, sinó també a les diferents experiències i maneres de coexistir que es troben a la ciutat condicionades per les tasques de cura, la conciliació familiar i personal, la distribució justa de serveis públics o la participació ciutadana i política.

En aquest sentit, més de la meitat de les dones usuàries del SIPHO de València, com es reflecteix en les dades i a través del nostre contacte amb les diferents històries personals, són les encarregades de

dur a terme el treball productiu, encara que els homes ho fan en major proporció, però a més s'encarreguen del no remunerat dins de la llar. La qual cosa no sorprén. I per si no fóra prou, les ànsies per millorar la situació d'aquestes famílies oblidades i invisibilitzades de qualsevol focus d'atenció també és liderada per dones urbanes que, des de les seues pròpies vivències de l'expulsió dels seus barris -ja siga per l'especulació, la turistificació, la pertorbadora bambolla actual del lloguer o les execucions hipotecàries que perduren després de la crisi-, s'han convertit en el baluard imprescindible que promou un altre model de política urbana més equitatiu i posant en el centre la sostenibilitat de la vida.

### **L'exclusió residencial organitzada**

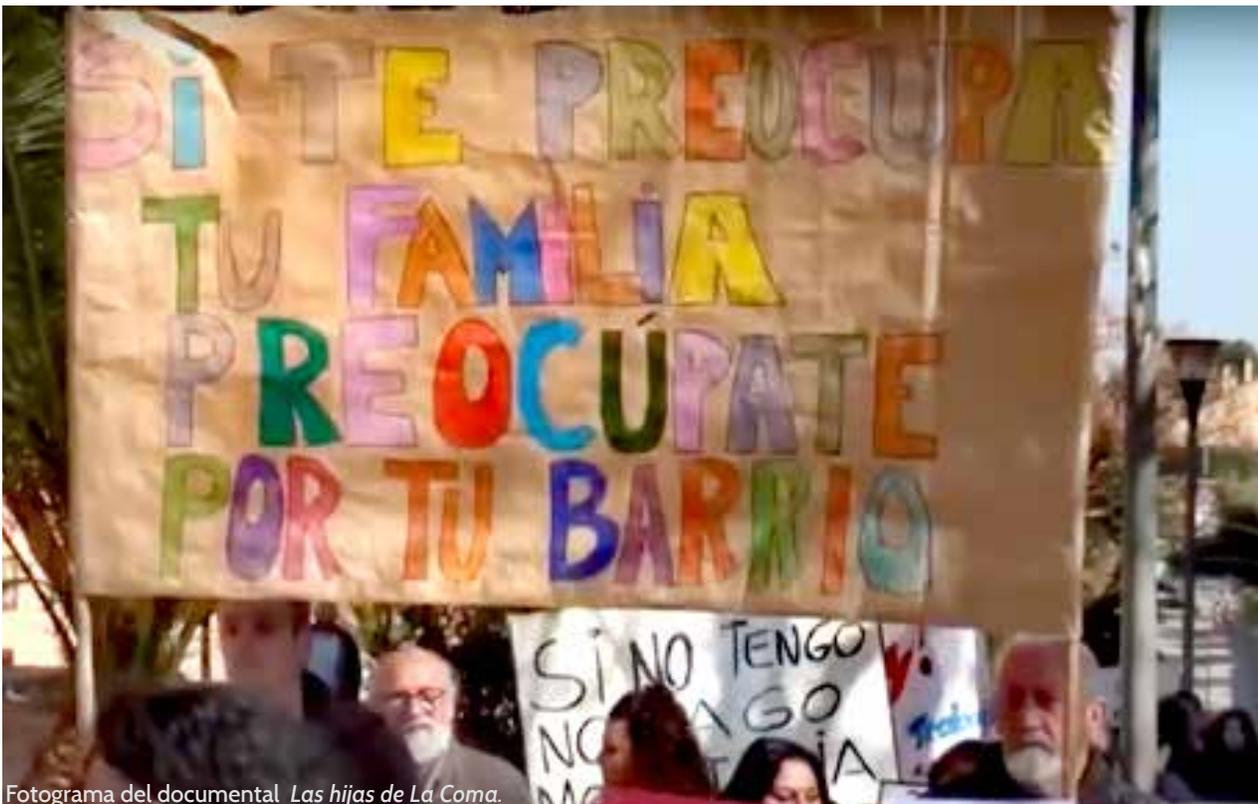
Les anomenades Las Hijas de La Coma (prenen el nom del documental<sup>1</sup> que va realitzar l'associació *Creixer en La Coma*) són un excel·lent exemple d'autogestió del problema habitacional des de l'experiència i amb la consciència que l'habitatge és el pilar que sustenta les altres esferes de la vida. Es tracta d'un grup de dones del barri valencià La Coma, un conjunt d'habitatges situats en terme municipal de Paterna que va ser construït en una zona aïllada a l'inici de la dècada dels 80, resultat fallit i ple d'irregularitats d'un pla urbanístic

dissenyat en els 60 en ple període desenvolupista. Els habitatges, destinats en la seua majoria a ser adjudicats a famílies en situació de vulnerabilitat, van començar a ser habitats sense comptar amb col·legi ni centre de salut. Els seus habitants encara es queixen que tampoc es van construir baixos comercials, per la qual cosa l'activitat econòmica està planificadament i materialment impedida. Actualment, el barri de la Coma figura en l'imaginari valencià com un focus de marginalitat, delinqüència i incivisme.

Enmig d'aquest estigma s'alcen Las Hijas de La Coma armant un moviment de suport mutu davant els desnonaments que l'administració pública practica contra les famílies que ocupen alguns dels habitatges. S'ha concretat en accions com la paralització de desnonaments, la reclamació en via administrativa o campanyes de difusió local. Aquestes dones argüeixen que posen per damunt de tot el manteniment de les seues famílies com a resposta a les hostils condicions de vida del barri.

Eixes condicions són reproduïdes i agreujades per la pròpia administració que, imbuïda sovint de la mateixa aproximació aporofòbica que alimenta el clixé que recau sobre La Coma, ha deixat les seues funcions i portava anys sense rehabilitar ni intervinde els malparats habitatges. Només fa poc, influïda pel moviment de Las Hijas de La Coma, la Generalitat

1. <https://www.youtube.com/watch?v=yyFiUGxUx8U>



Fotograma del documental *Las hijas de La Coma*.

Valenciana ha realitzat una inversió per a rehabilitar alguns d'aquests habitatges.

### **Vida i experiència**

Davant el problema de l'habitatge a la ciutat de València, ja no val amb el simple reconeixement de l'existència estructural de les condicions que exclou les dones i les seues famílies, no n'hi ha prou amb admetre que aquestes circumstàncies limitants faciliten les desigualtats socials. Des d'una perspectiva

de gènere i de drets, les dones urbanes s'organitzen, enfortint els processos col·lectius d'àmbit local i les seues pròpies capacitats individuals i polítiques. Estan en ple exercici de la seua participació política, construint així mateix un model propi de ciutadania activa. Aquestes veïnes volen actuar de manera local des dels seus barris, posicionar les tasques de cura que també són invisibilitzades i gaudir, al cap i a la fi, d'un dret a la ciutat que promoga la sostenibilitat de la vida com a eix principal d'organització social.

#### NOTA SOBRE LES AUTORES

Adelina Cabrera Navarro és advocada i sòcia d'El Rogle, Mediació Recerca i Advocacia, una cooperativa valenciana dedicada a la defensa del dret a l'habitatge. Té màster d'Advocacia (UV) i també en Ciutadania i Drets Humans: Ètica i Política (UB). A València forma part de col·lectius pel dret a la vivenda i a la ciutat, com Entrebarris.

Isabel Blas Guillén és advocada i politòloga a El Rogle, Mediació Recerca i Advocacia, una cooperativa valenciana dedicada a la defensa del dret a l'habitatge. Té un Màster en Dret Internacional de Drets Humans i Dret Internacional Humanitari a la American University Washington College of Law. Actualment és consultora de gènere tant en l'àmbit jurídic com de recerca.



Fotograma del documental *Las hijas de La Coma*.

# CRÉATION PARTICIPATIVE

## *93.13 appel d'Air.e*

### AVEC DES HABITANTES DE SEVRAN ET DE MARSEILLE

Par la *Compagnie des Passages* et le *Théâtre de l'Oeuvre* à Marseille.

Création mise en scène par Wilma Lévy (*Compagnie des Passages*), et Sarah Champion-Schreiber (*Théâtre de l'Oeuvre*).

Le projet est une création théâtrale participative qui aborde les questions d'égalité et de droits à la Ville pour toutes et tous.

WILMA LÉVY  
SARAH CHAMPION-SCHREIBER

**A**u travers d'ateliers de création, il est proposé à des femmes de Marseille et des femmes de Sevrans de s'emparer de la question du rapport à la ville, à leur quartier, à l'espace public, aux rénovations urbaines: questionner / repenser / revendiquer / inventer / imaginer de nouveaux usages... dans la ville et plus largement dans leur rapport à la société et au monde.

Les problématiques autour de la ville sont questionnées par la Compagnie des passages depuis 2012, au travers de trois projets: *Ligne 70*, la ligne de bus qui relie le centre-ville de Marseille, et dont le terminus est le lycée Saint Exupéry, aux quartiers nord de la ville; *Du nord au sud*, et *reciproquement*, qui a permis à un groupe de lycéens des quartiers

nord (du Lycée Saint Exupéry) et à un groupe de lycéens des quartiers sud (le lycée Marseilleveyre) de s'interroger ensemble sur leur rapport à la ville, notamment au regard des différences sociologiques majoritairement représentés dans ces quartiers, pour aboutir ensemble à une représentation qui mêlait géographie, danse et théâtre; et, enfin, la dernière création de la compagnie qui s'appuie sur les différentes interviews qui ont été menées auprès des lycéens et qui s'inscrit dans la forme du théâtre documentaire: *Du nord au sud, récit d'une expérience*. Le Théâtre de l'Oeuvre est un théâtre situé au centre-ville de Marseille, dans le 1er arrondissement, dans le quartier de Belsunce, plutôt populaire mais non dénué encore de mixité sociale, même si des tentatives nombreuses de gentrification sont en

cours. Ce théâtre a construit son identité en lien avec cette population, et de nombreuses créations participatives y sont proposées.

Pour la création, nous avons également proposé à des femmes habitantes des quartiers nord de Marseille de nous rejoindre; c'est un groupe de 30 femmes aux origines sociales et culturelles variées qui seront sur scène lors des représentations.

La question de la ville et de l'espace public dont la définition est un espace libre, gratuit et ouvert à toutes et tous est une question qui ne va pas de soi. Pourtant il ne semble plus nécessaire de démontrer que la ville est plutôt un espace construit par les hommes et pour les hommes, et que la ville en elle-même peut être vécue comme un espace de domination.

La question de la ville et de l'espace public dont la définition est un espace libre, gratuit et ouvert à toutes et tous est une question qui ne va pas de soi. Pourtant il ne semble plus nécessaire de démontrer que la ville est plutôt un espace construit par les hommes et pour les hommes, et que la ville en elle-même peut être vécue comme un espace de domination.

Pour bon nombre d'entre elles, la place des femmes dans l'espace public ne se posait pas. Quelque chose était admis dans le fonctionnement de la ville. Un temps très long (plusieurs semaines) a été dédié à ce que justement elles s'emparent de cette question, et que leur regard s'aiguise. La manière dont on s'empare de la ville, et les problèmes qu'on y vit sont également fortement liés au lieu où l'on vit, à notre âge, à notre éducation, à une conscience politisée.

Les échanges entre ces femmes, la mixité du groupe a révélé nos différents rapports à la ville et à ses usages et ont ouvert de nouvelles perceptions. Finalement, elles en sont venues à se dire que nous devons prendre notre place dans la ville, le jour, la nuit, que la peur est sans doute une construction sociale et mentale et aussi de manière plus large qu'il fallait s'autoriser à prendre la parole dans le cadre de revendications citoyennes, de réhabilitation des quartiers, et de rénovation urbaine. Des réflexions plus intimes sont également apparues, car qui dit espace public, induit l'assignation à l'espace privé et à la charge que les femmes intériorise.

Aujourd'hui à un mois de la première présentation de ce travail, qui aura lieu à Sevran, nous avons



Photo prise lors d'un atelier à Sevran, nov 2019.

devant nous un groupe de femmes déterminées, absolument convaincues qu'elles peuvent prendre la parole, et qu'elles sont des citoyennes à part entière, davantage conscientes de l'écart entre la loi et l'usage.

Le matériau du spectacle est constitué de leurs témoignages, de leurs questions, des images de leurs villes, de la présence de leurs corps à la fois dans la ville, et dans une émancipation physique traduites par la danse.

Représentations à Sevrans, le 08 mars 2020.

Représentation à Marseille au ZEF, Scène Nationale de Marseille, le 05 juin 2020.

Représentation dans le cadre de Manifesta, en septembre 2020.

Le spectacle est soutenu par la Ville de Sevrans, le Théâtre de la Poudrière ( Sevrans), le CGET-politique de la ville, et le fond de dotation Inpact.

#### NOTE SUR LES AUTEURS

Sarah Champion-Schreiber. Avec une licence d'Histoire à la Faculté de Jussieu Paris VII, elle s'est formée à la pratique théâtrale à l'Ecole Claude Mathieu à Paris. Depuis, metteuse en scène, comédienne et fondatrice du Collectif Transbordeur, elle développe des projets qui articulent pratique artistique et réflexion sociétale. Elle déploie également une dynamique de création hors les murs avec des lectures, performances, et mises en scène dans l'espace public et les cafés. A Paris, elle a co-dirigé, pendant 10 ans, joué plusieurs spectacles jeune public et tout public. Elle a également animé divers ateliers de théâtre auprès de jeunes en rupture scolaire.

Wilma Lévy, Master 2 en études théâtrales (2015) sur la question du théâtre documentaire. Elle est metteuse en scène et comédienne, formée à l'école du passage à Paris, dirigée par Niels Arestrup. C'est pour cette raison et pour ses nombreux voyages, qu'elle choisira le nom de la Compagnie des Passages, qu'elle crée en 2008. Elle a été associée à la vie de La Gare Franche, lieu de fabrique artistique au milieu des « quartiers nord » de Marseille, autant dans la construction de spectacles avec les adolescents, qu'avec les femmes du quartier. La frontière, le territoire, le déplacement, sont des sujets récurrents dans son travail.



Photo prise lors d'un atelier à Sevrans, nov 2019.



# CRÍTICA URBANA

[www.criticaurbana.com](http://www.criticaurbana.com)